

Montesinos y las Fuerzas Armadas

Extractos del nuevo libro de Fernando Rospigliosi.

Con los auspicios del Instituto de Estudios Peruanos (IEP) Fernando Rospigliosi ha escrito un libro sobre un tema crucial de la última década: el control que ejerció un capitán dado de baja sobre los institutos castrenses. El siguiente es un fragmento de la introducción.



`Montesinos y las Fuerzas Armadas' incluye episodios documentados y desconocidos como los siguientes. El primero se registra el día que asumió la presidencia Alberto Fujimori en 1990:

agosto de 1990, *Caretas* advirtió sobre los peligros de la presencia de Montesinos en el gobierno, en una nota titulada 'Un nuevo Rasputín'. En junio de 1991, Montesinos usó un método común en él. Le envió un emisario al director, Enrique Zileri, ofreciéndole información privilegiada a cambio que no siguieran encendiendo los reflectores sobre él. Zileri rechazó la propuesta y pidió una entrevista periodística con el misterioso hombre fuerte del SIN. Al día siguiente Montesinos entabló un juicio contra Zileri por haberlo llamado Rasputín el año anterior. Él aducía que no tenía cargo público y que era una persona privada. Zileri no rehuyó la batalla y lo puso en la carátula de la edición del 10 de junio de 1991: "Cuidado con este asesor. Intenta silenciar a CARETAS". Después del golpe del 5 de abril, Montesinos hizo que el sumiso Poder Judicial condenara a Zileri a un año y medio de prisión condicional y al pago de una multa.

Sin embargo, el de *Caretas* fue un caso excepcional. Muy pocos medios se atrevían a desafiar a Montesinos y a exponerlo a la luz pública. Lo hizo Ricardo Uceda, a la sazón director de la revista *Sí*, y fue obligado a renunciar junto con todo su equipo periodístico. *La República* y en ocasiones *El Comercio*, publicaron eventualmente reportajes involucrando a Montesinos. Los medios electrónicos se sometieron a Montesinos, sobre todo desde el golpe del 5 de abril.¹

Una faceta peculiar de Montesinos es su enfermizo temor a la luz pública. Él siempre se movió cómodamente detrás de otros personajes, asesorándolos, tratando de manipularlos. En Fujimori encontró a su pareja perfecta. A Fujimori le encantaba disfrutar del poder -

DURANTE mucho tiempo, Vladimiro Montesinos permaneció en la sombra. La solitaria lucha de la revista *Caretas* no tuvo al comienzo mucho eco. *Caretas* conocía a Montesinos, porque en setiembre de 1983 Gustavo Gorriti había publicado un reportaje sobre el ex capitán, abogado de narcotraficantes que intrigaba en el Ejército. Apenas instalado el nuevo gobierno, el 13 de

como él mismo admitió muchas veces-, aparecer como un gobernante duro y mandón que todo lo controlaba y dirigía. Montesinos con su aparato de Inteligencia, sus "operativos sicosociales" y sus medios de comunicación, creó y reforzó esa imagen pública de Fujimori, que era la que más le convenía a los dos.

Eso se modificó en agosto de 1996, cuando el narcotraficante 'Vaticano' lo acusó públicamente, y su presencia era ya difícil de ocultar. A partir de allí, Montesinos emprendió sistemáticas campañas de lavado de imagen, siempre sin éxito. Trató de mostrarse como un trabajador, silencioso, esforzado y eficaz peón de la lucha antisubversiva y antinarcotráfico. Pero ni sus afanes, ni los de Alberto Fujimori, Martha Chávez, Enrique Chirinos Soto, Gilberto Siura, Daniel Espichán o Laura Bozzo y la pléyade de periodistas comprados o confundidos que lo ayudaron, sirvieron de mucho. Ya en 1997, su imagen pública era desastrosa y su papel en el Gobierno evidente (ver capítulo 2).

Eso, según dicen algunos de sus allegados, no le interesaba mucho. Si es verdad, cometió un grave error, pues su perdición se debió, entre otras cosas, a ser reconocido como un ser siniestro por la inmensa mayoría de la opinión pública. En todo caso, el hecho es que intentó insistentemente limpiar su imagen pública y siempre fracasó.² Su fatal conferencia de prensa con Alberto Fujimori el lunes 21 de agosto del 2000, para explicar la "Operación Siberia", fue la primera y la última que dio en la década que estuvo en el poder.

1 Ver Fernando ROSPIGLIOSI, *El Arte del Engaño. Las relaciones entre los militares y la prensa*, Tarea, 2000.

2 Incluyendo la entrevista que concedió el 24 de octubre del 2000 a Radioprogramas, que le resultó contraproducente.

"¡Un traidor, un traidor!", entró gritando un oficial del Ejército, a una casi desierta oficina del Ministerio de Defensa. Un compañero suyo, oficial de la Marina, lo miró asombrado. "¡Es Montesinos, el traidor!", insistió. Entre sorprendido y divertido por la exaltación de su colega, habitualmente sereno, el marino le pidió que se calmara y le explicara.

Era la tarde del sábado 28 de julio de 1990 y el Ministerio de Defensa estaba semivacío. Sin embargo, había actividad en algunas oficinas. El flamante ministro, un oscuro general retirado que trabajaba hasta hace poco en una dependencia tributaria del Ministerio de Economía, se había sorprendido cuando lo designaron para el cargo. Ahora, Jorge Torres Aciego,¹ se encontraba en su despacho con el Comandante General del Ejército, Jorge 'Chino' Zagarra.² Lo había llamado porque no se atrevía a enfrentar solo la tormenta que presumía estallar dentro de poco.

En la antesala, con un nerviosismo mal disimulado, vistiendo un terno impecable y un cartapacio en la mano, estaba el personaje que había despertado la indignación del oficial del Ejército. El marino, curioso, se asomó a escudriñar al sujeto. "¿Busca a alguien?", le

preguntó. "Estoy esperando al señor ministro", respondió con tono untuoso e inconfundible acento arequipeño.³

Era el ex capitán Vladimiro Montesinos Torres, expulsado deshonrosamente del Ejército en 1976 y sentenciado a prisión por cargos de desobediencia y falsedad, aunque muchos estaban convencidos que su verdadero delito había sido mucho más grave: traición a la patria, que podía haberle costado la pena capital en esa época. La versión que circuló en el Ejército es que Montesinos había vendido a la CIA norteamericana la relación de armas rusas adquiridas por el Perú, además del orden de batalla de las fuerzas armadas peruanas. Y, decían algunos, información muy apreciada acerca de las fuerzas armadas cubanas, que en ese momento tenían vinculaciones muy estrechas con sus similares peruanas. Sin embargo, a Montesinos no lo acusaron por traición porque eso hubiera comprometido a connotados militares peruanos, en un momento particularmente crítico, cuando existía un delicadísimo equilibrio en las instituciones castrenses.

(...)

En 1983, sus intrigas en el Ejército y un frustrado intento de participar en un negocio de venta de armas, en sociedad con su amigo el comandante (r) Jorge Whitembury Rebaza,⁷ suscitaron las iras del comando del Ejército, que le abrió un proceso, esta vez sí por traición a la patria. Montesinos huyó a Ecuador y se quedó fuera hasta que cambió el comando del Ejército y su proceso fue sobreseído. Pero desde esa ocasión, su retrato quedó fijado en la puerta de todas las instalaciones del Ejército junto a los de otros delincuentes militares.

●

Sin embargo, ese 28 de julio de 1990 estaba allí, en el Ministerio de Defensa, con un legajo bajo el brazo conteniendo varias resoluciones, entre otras la que destituía al almirante Alfonso Panizo de la Comandancia General de la Marina y de la Presidencia del Comando Conjunto, nombrando en su lugar al almirante Montes.

El oficial del Ejército sabía quién era Montesinos y lo consideraba un traidor. Por eso su excitación al verlo allí. En su institución ya había corrido el rumor que Montesinos se había convertido en un asesor del neófito presidente, Alberto Fujimori. Pero tenerlo ahí era demasiado. En la Marina casi nadie conocía a Montesinos, por eso el oficial naval observó con curiosidad al insignificante individuo. Pronto resonaría su nombre también en esa arma.

Poco después llegó el almirante Panizo. Luego de una breve y violenta discusión con el ministro, que le comunicó su destitución, un sonoro portazo anunció su salida. Torres Aciego no se había atrevido a enfrentarse solo a Panizo, por eso tenía a su lado al 'Chino' Zegarra, la fuerza del Ejército respaldando su decisión. Mejor dicho, la resolución de Montesinos, que había convencido a Fujimori, profano en los temas militares, que era indispensable reemplazar a los mandos de la Marina y la Fuerza Aérea. Para ello usó al Ejército, por lo menos al complaciente 'Chino' Zegarra, más interesado en no hacerse problemas y llegar sin sobresaltos a diciembre, cuando pasaba a retiro, que en defender los fueros institucionales frente a la intromisión política.

Ese mismo 28 de julio, el general Jaime Salinas Sedó, jefe de la poderosa y decisiva Segunda Región Militar (Lima) del Ejército, fue cambiado de colocación. Salinas Sedó era uno de los más prestigiosos generales del Ejército, y debería convertirse en Jefe de Estado Mayor, el número dos de su institución en 1993, cuando le tocaba comandarla a su compañero de promoción Luis Palomino.

Esa fue también una maniobra de Montesinos que no perdió un minuto en comenzar a manipular los mandos castrenses. El modo de operar de Montesinos era sencillo y diabólico. El fabricaba historias y las contaba a Fujimori que, totalmente ignorante del funcionamiento de los institutos castrenses, las creía todas, especialmente si venían aderezadas de condimentos conspirativos.

(...)

Montesinos usó ese método a lo largo de su tortuosa carrera, refinándolo y perfeccionándolo. En 1990, cuando llegó hasta Fujimori, llevado por Loayza, para "arreglarle" el asunto de la evasión de impuestos, ya había logrado vincularse al Servicio de Inteligencia Nacional (SIN). Así, se presentó ante Fujimori no sólo como un abogado que resolvía expeditivamente los problemas judiciales sobornando magistrados o haciendo desaparecer los expedientes -dos de sus habilidades conocidas-, sino como un experto en inteligencia, en guerra contrasubversiva y en asuntos militares, todo lo cual era, por decir lo menos, engañoso.

A la vez, se presentaba en el SIN como un asesor clave y correa de transmisión del candidato y futuro Presidente, obteniendo que el jefe de ese organismo, el general Edwin 'Cucharita' Díaz, se mostrara propicio a aceptar sus sugerencias.⁹

(...)

Cuando el desorientado Alberto Fujimori se convirtió en Presidente, en junio de 1990, pronto Montesinos empezó a explotar sus miedos. Fujimori tenía su cuartel general en el Hotel Crillón, en el centro de Lima, lugar adonde acudían en tropel viejos y nuevos amigos, para ayudar, congraciarse o medrar del 'Chinito' que carecía de ideas, partido y equipo de asesores consolidado. En ese tumulto, no era fácil para Montesinos controlar a Fujimori. El taimado ex capitán le hizo creer a Fujimori que el MRTA quería asesinarlo y que el atentado era inminente.¹⁶ Lo introdujo en la maletera de un vehículo y se lo llevó al Círculo Militar, un amplio club del Ejército ubicado en el mesocrático distrito de Jesús María. Allí el acceso era restringido y Montesinos pudo aumentar su influencia sobre Fujimori.

En verdad, Montesinos había descubierto la manera de manipular y reforzar las paranoias de Fujimori desde el comienzo de su relación. Apenas le resolvió el problema judicial de la evasión de impuestos -luego de la primera vuelta electoral-, le empezó a proponer ideas sobre la campaña y a proporcionarle información supuestamente secreta del SIN, sobre sus adversarios políticos. Le dijo que todo eso era estrictamente confidencial y que tenían que reunirse a partir de las 11 de la noche, Fujimori, Loayza y Montesinos. Pero, agregó, la Marina simpatizaba con Mario Vargas Llosa y los espiaba electrónicamente, así es que las

reuniones tenían que realizarse en una habitación especial de la casa de Fujimori, a la que sólo tuvieran acceso los tres. Además debería revisarse a todos los que entraran a la casa, para que no llevaran micrófonos ocultos. Fujimori le creyó todo.¹⁷

Montesinos se divertía manipulando a Fujimori. El 10 de junio de 1990, Fujimori triunfó en segunda vuelta y luego de la celebración pública se fue con sus allegados al chifa Lung Fung. Montesinos era un asesor clandestino, así que no podía ir. Él le dijo al Presidente electo que el SIN había descubierto que iban a asesinarlo: el cocinero lo envenenaría esa noche. Fujimori le creyó a pie juntillas y no comió nada. Al día siguiente Montesinos le contó esa historia, riéndose, a la hija de Loayza.¹⁸ La fijación por el envenenamiento no ha abandonado a Fujimori desde esa ocasión. La madrugada del jueves 26 de octubre del 2000, cuando decía buscar frenéticamente a Montesinos en Chosica, pasó la noche en un club militar, acompañado de su hija Keiko. Muchos se sorprendieron porque llevó consigo a su propio cocinero.

1 Del arma de artillería, promoción 1950.

2 De la promoción 1956, del arma de caballería.

3 Conversación del autor con un oficial que presenció la escena, marzo 1998.

7 Montesinos conoció a Whittembury en la prisión militar. Whittembury había sido detenido en 1976 en el departamento del narcotraficante Alfonso Rivera Llorente, con mercadería de contrabando. La asociación de Montesinos con Whittembury ha sido la única perdurable que se le conoce al ex capitán, pues se ha prolongado desde esa fecha hasta el momento de escribir estas líneas. Whittembury es de la promoción 1953, la misma de Edwin Díaz Zevallos. Los dos son del arma de infantería. También pertenecen a esa promoción los generales Enrique López Albuja y Sinécio Jarama Dávila.

9 Díaz conocía bien a Montesinos. Siendo coronel, Díaz había sido Jefe del Servicio de Inteligencia del Ejército, en 1976 (el sub jefe del SIE era el comandante Clemente Noel y Moral, que como general se haría famoso como el primer jefe político militar de Ayacucho en 1983). Montesinos que nunca fue un oficial de inteligencia trabajaba, de manera irregular, como colaborador del SIE, con el seudónimo de "Miguel" cobrando cinco mil soles mensuales. Un oficial en actividad podía trabajar en el SIE, ser un agente, pero no podía ser colaborador a sueldo. Mayor (r) José FERNÁNDEZ SALVATECCI, op. cit., p. 6-7.

16 Según la versión de Loayza, Montesinos le dijo a Fujimori que el atentado sería perpetrado por el "Comando Rodrigo Franco", un clandestino escuadrón de la muerte presuntamente manejado por el gobierno aprista. Francisco LOAYZA, op. cit., p. 78.

17 Ibid., p. 62.

18 Ibid., p. 77.

